

Awraham Soetendorp, Los Países Bajos. Un ensayo temático que se refiere al Principio 4 sobre la responsabilidad intergeneracional y los Objetivos de Desarrollo del Milenio

Prevenir el Día de la Destrucción



Awraham Soetendorp sobrevivió cuando niño la Segunda Guerra Mundial. Se ha desempeñado como rabino de congregación, dedicado a la reconstrucción de la vida judía desde 1968, a través de su Jewish Institute for Human Values (Instituto Judío para los Valores Humanos). Ha participado intensamente en las actividades de concientización interreligionarias, humanitarias y ecológicas, así como miembro fundador de la Cruz Verde Internacional. En 1999, creó la Fundación Esperanza para los Niños que fomenta los Objetivos de Desarrollo del Milenio para la educación universal. Introdujo la Carta de la Tierra al currículo escolar en los Países Bajos. Es miembro de los cien líderes comprometidos con el diálogo entre el Islam y Occidente, iniciado por el Foro Económico Mundial. En el 2005, fue cogalardonado con el Peace Builder Award (Premio Promotor de la Paz) en Washington, D.C.

Notablemente, son precisamente las últimas palabras del Libro de Profetas de la Biblia las que expresan que la única forma de prevenir la completa destrucción de la Tierra y de todos sus habitantes es restaurando la armonía entre las generaciones. “He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición” (Malaquías 4:4-6). Estas palabras, proferidas por un profeta desconocido llamado Malaquías, “mi mensajero”, alrededor de la mitad del siglo quinto a.e.c., resuenan con gran fuerza en nuestra era.

La Carta de la Tierra es, en gran medida, una respuesta a este reto. Del Preámbulo: “Todos compartimos una responsabilidad hacia el bienestar presente y futuro de la familia humana y del mundo viviente en su amplitud” (Preámbulo, quinto párrafo). De los Principios: “Reconocer que la libertad de acción de cada generación se encuentra condicionada por las necesidades de las generaciones futuras” (Subprincipio 4.a); “Transmitir a las futuras generaciones valores, tradiciones e instituciones, que apoyen la prosperidad a largo plazo, de las comunidades humanas y ecológicas de la Tierra” (Subprincipio 4.b). De los compromisos de “Fortalecer las familias y

garantizar la seguridad y la crianza amorosa de todos sus miembros” (Subprincipio 11.c); “Honrar y apoyar a los jóvenes de nuestras comunidades, habilitándolos para que ejerzan su papel esencial en la creación de sociedades sostenibles” (Subprincipio 12.c) y “Brindar a todos, especialmente a los niños y los jóvenes, oportunidades educativas que les capaciten para contribuir activamente al desarrollo sostenible” (Subprincipio 14.a). El concepto total de sostenibilidad se origina del concepto de que los corazones de padres e hijos deben buscarse unos a otros. En la interpretación más profunda de los indígenas norteamericanos, en todo lo que hagamos, debemos estar concientes de los efectos sobre la séptima generación.

Una antigua parábola judía se refiere a estas responsabilidades intergeneracionales en términos sencillos. En la parábola, un anciano está sembrando un árbol frutal. Un joven que pasa por ahí le dice, “Viejo tonto, nunca podrás recoger los frutos del árbol”. El viejo responde, “Joven tonto, cuando yo nací no llegué a un desierto. Mis ancestros sembraron árboles para mí. Y yo no quiero dejar una tierra desolada y sin árboles a tu generación”. ¿No es esta antigua verdad evidente en sí al inicio del tercer milenio, luego de un siglo de progreso indómito y la más cruel destrucción?

Lo que se necesita desesperadamente es el fortalecimiento de la compasión y la esperanza. La compasión, según la sutil definición de Martha Nussbaum, es sentir la dolorosa emoción causada por el conocimiento del infortunio inmerecido de otra persona. La compasión no es hereditaria, no se transmite genéticamente, pero sí puede y debe ser enseñada. Las escuelas deben ser instituciones de atención donde se enseñe la capacidad de la solidaridad, de desarrollar lo que Robert Lifton llama “the species selves” (las especies mismas), trascendiendo nacionalidades y razas para abrazar a otros. Para este fin, las distintas tradiciones espirituales, incluyendo las religiones abrahámicas, junto con las tradiciones religiosas del Oriente, pueden y deben contribuir. Estoy convencido de que la enseñanza, interpretación y acción fundamentadas en la Carta de la Tierra aumentarán la capacidad de compasión. El planteamiento holístico de integrar el respeto y cuidado por la comunidad de la vida, la justicia social y económica, la democracia, la no violencia y la paz, es fundamental en este esfuerzo.

¿Y qué hay de la esperanza? Al final de un taller dedicado al agua, preparatorio para la gran conferencia del Parlamento de Religiones Mundiales en Barcelona en el verano del 2004, los jóvenes hablaron sobre sus experiencias y ambiciones en forma muy emotiva y sincera, avergonzándonos a nosotros los mayores que habíamos sido mucho más cautelosos, culpando a otros y no a nosotros mismos, por no haber logrado los avances necesarios. El último orador fue Michael de California. Expresó sentirse tan privilegiado de tener la educación, los medios y el tiempo para involucrarse en la protección de los recursos hídricos, habiendo nacido en un medio opulento. Sin embargo, dijo sentir temor de no poder realizar su mayor ambición, que era convertirse en abuelo, debido a los desastres que provocaría el hombre mismo: “el día de la destrucción”. Fue uno de esos momentos singulares en que comprendí plenamente por qué yo tenía que estar ahí. “Michael, cuando yo nací en el sector judío de Ámsterdam, en una Holanda desgarrada por la guerra en 1943, mis posibilidades de convertirme alguna vez en abuelo eran nulas por los desastres ocasionados por el hombre en esa época. Pero hoy día soy abuelo debido a las delicadas fuerzas de la compasión que conmovieron a mis padres adoptivos no judíos, a proporcionarme un hogar y abrigo. Yo creo que esas delicadas fuerzas prevalecerán y que tú, Dios mediante, tendrás nietos que beberán del agua viviente”. Ésta es la base de mi esperanza, que da un sentido de premura a la participación en la lucha por una sociedad justa y de paz. Pero, ¿será esto suficiente?

Comprendo los temores y desesperanza de la generación de Michael. Nosotros, los mayores, no hemos sembrado los sanos árboles frutales, al menos no los suficientes, y la amenaza de destrucción es real. Tan sólo podemos rescatar juntos los recursos morales necesarios para reconstruir la comunidad mundial incluyente de la decencia en la que a nadie se le envilece. Para este fin, la Carta de la Tierra es una guía moral: una brújula para la conciencia. Sin embargo, no está sola. Existe una conexión necesaria y potenciadora con los objetivos para el nuevo milenio. ¡Qué extraordinario! La Carta de la Tierra fue inaugurada y presentada a la reina Beatriz de Holanda en el Palacio de la Paz en junio del 2000, tan sólo unos meses antes de que los representantes de 189 países firmaran la declaración de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. Estos objetivos fueron el resultado de intensos procesos paralelos que se prolongaron durante décadas. Nadie coordinó estos dos eventos. Quizás esta coincidencia no es sino el reconocimiento del orden cósmico que existe, pero del que poco nos percatamos. Vistos en forma conjunta, la Carta de la Tierra y los Objetivos del Milenio están en constante conversación entre sí, en preguntas y respuestas, empezando con ambos Preámbulos.

De la Carta de la Tierra, “Estamos en un momento crítico de la historia de la Tierra, en el cual la humanidad debe elegir su futuro... La elección es nuestra: formar una sociedad global para cuidar la Tierra y cuidarnos unos a otros o arriesgarnos a la destrucción de nosotros mismos y de la diversidad de la vida” (Preámbulo, primero y cuarto párrafos).

De la Declaración del Milenio y los Objetivos de Desarrollo del Mile-

nio de las Naciones Unidas: “No escatimaremos esfuerzos para liberar a nuestros semejantes, hombres, mujeres y niños, de las condiciones abyectas y deshumanizadoras de la pobreza extrema, a la que en la actualidad están sometidos más de 1.000 millones de seres humanos. Estamos empeñados en hacer realidad para todos ellos el derecho al desarrollo y a poner a toda la especie humana al abrigo de la necesidad...” (III., 11.).

Los Objetivos de Desarrollo del Milenio claman por la formación de una sociedad global, y los líderes políticos de la comunidad mundial han respondido con una alianza de preocupación sin precedentes. La apelación moral a la conciencia y a la responsabilidad, expresada en principios y compromisos claros e interconectados, fue traducida por los gobiernos de casi todas las naciones en un plan de acción detallado y realista:

- reducir la proporción de personas que viven con menos de \$1 US diario del veintiocho por ciento al catorce por ciento;
- garantizar la educación universal;
- eliminar la disparidad de género en las escuelas;
- reducir en dos tercios el índice de mortalidad de los menores de cinco años;
- reducir el índice de mortalidad materna en tres cuartos;
- detener y comenzar a revertir el proceso de la propagación del VIH/SIDA y la incidencia de la malaria y otras enfermedades infecciosas;
- integrar el principio de desarrollo sostenible a las políticas nacionales y revertir el proceso de pérdida de los recursos ambientales;
- proporcionar agua potable a mil millones de personas que en la actualidad no tienen acceso a ésta, y servicios sanitarios básicos a 1.500 millones de personas;
- mejorar las vidas de al menos 100 millones de personas que viven en tugurios;
- luchar por una gobernabilidad abierta de preceptos, más ayuda generosa para reducir la pobreza y alivio de la deuda para países en desarrollo.

Los líderes políticos sorprendieron a la comunidad mundial, no sólo por adoptar estas medidas minuciosas y concretas para el alivio de la pobreza, sino que al anexas a estas gestiones una agenda fija, se atrevieron a elegir una verdadera agenda profética hacia el 2015.

Durante la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo en 1992 en Río de Janeiro, los políticos en repetidas ocasiones les pidieron a los líderes espirituales que también se habían congregado, “Por favor, sigan insistiendo para que tomemos las medidas que, aunque vayan en contra de los intereses nacionales, son necesarias para salvaguardar el planeta”. Durante la Cumbre del Milenio de la ONU, al menos comenzaron por poner los intereses de los ciudadanos más empobrecidos de la comunidad mundial por encima de los intereses directos de los diferentes gobiernos.

La comunidad de ciudadanos preocupados de la Carta de la Tierra trata de garantizar que las medidas audaces que han tomado los



© PLAN NEDERLAND / JOHANNES AEBLING

gobiernos sean sostenibles. La energía canalizada para afortunadamente aliviar a esta generación desesperada de lo que Don Helder Camera llamó “miseria más allá de la pobreza” no deberá poner en peligro la supervivencia de las futuras generaciones. Sólo podemos lograr este objetivo intergeneracional mediante un cambio en nuestras actitudes, valores y patrones de consumo. No se trata de si yo puedo pagar un segundo automóvil, sino si la comunidad mundial puede darse el lujo de que yo tenga un segundo auto. Lo esencial de la cooperación entre la Carta de la Tierra orientada por valores y el activismo moral de los Objetivos de Desarrollo del Milenio, está por doquier, pero especialmente en la declaración del Preámbulo a la Carta de la Tierra que reza, “Debemos darnos cuenta de que, una vez satisfechas las necesidades básicas, el desarrollo humano se refiere primordialmente a ser más, no a tener más” (cuarto párrafo). El imperativo ético es redoblar nuestros esfuerzos como una sola comunidad global para satisfacer las necesidades básicas en la próxima década y, a la vez, prepararnos a aceptar nuevas formas de vivir nuestras vidas responsablemente unos con otros, en profundo respeto por la diversidad de la vida. Como lo manifiesta el Preámbulo, se necesita un cambio de mentalidad y de corazón.

Otra de las conclusiones de la Carta de la Tierra que es de vital importancia para poder alcanzar los Objetivos de Desarrollo del

Milenio es que “Nuestra diversidad cultural es una herencia preciosa y las diferentes culturas encontrarán sus propias formas para concretar lo establecido” (El Camino hacia Adelante, segundo párrafo). La diversidad cultural no es una amenaza a la cohesión de nuestras sociedades. Por el contrario, es una bendición. Las distintas culturas y tradiciones espirituales enriquecen e inspiran los esfuerzos comunes hacia la paz y la justicia. El estudio de la Carta de la Tierra como tal sería una enorme contribución hacia la mutua comprensión de los diversos puntos de vista mundiales y aumentaría la cooperación. Propongo que los diferentes líderes espirituales escriban un comentario de acuerdo con sus creencias y modos de vida, que pueda ser posteriormente compartido y estudiado. En este sentido, el concepto que se desprende de la tradición budista de que debemos enfrentar la amenaza que representa la contaminación interior, podría incorporarse a la Carta de la Tierra. El reto estriba en derribar los obstáculos de la ignorancia y la desconfianza, para permitir entonces que fluyan la sabiduría y la experiencia que emanan de las distintas culturas y tradiciones religiosas. Gracias a Dios, hay muchos caminos que conducen a la verdad.

Y existe más que una luz trémula de esperanza. La experiencia de los israelitas y palestinos debatiendo juntos en talleres los desafíos planteados por la Carta de la Tierra durante los últimos años,

demuestra lo beneficioso del intercambio intercultural e interreligioso para el fomento de la confianza mutua.

Además, la Carta de la Tierra señala que una sólida alianza innovadora y fortalecida entre gobiernos, sociedad civil y empresas es esencial para la gobernabilidad efectiva. Entre las muchas formas de forjar esta alianza, sugiero lo siguiente: la contribución adicional de una porción del milenio del 0,1% de los ingresos de cada ciudadano en países con relativa riqueza durante cada año de esta próxima década. Este impuesto voluntario no sólo recaudaría unos \$50.000 millones US anualmente, sino que la expresión concentrada de voluntad para apoyar los Objetivos de Desarrollo del Milenio ayudaría a convencer a los líderes políticos de los diferentes países para que eleven el nivel del PNB hacia el 0,7% acordado. Sí, cada persona, familia y organización juega un papel muy importante. En los Países Bajos, estuvimos muy cerca de adoptar esta propuesta en 1999. Los sindicatos y organizaciones de trabajadores, ambos socios en el Consejo Laboral del Milenio (<http://www.mlc.org.za/origins2.asp>), acordaron en principio reservar un 0,1% durante las negociaciones salariales para el financiamiento de las crecientes gestiones en pro de la educación universal, como un regalo del milenio al mundo. Pero lamentablemente, en el último momento sólo se atrevieron a emitir una recomendación. Sin embargo, esto ocurrió antes de la Declaración del Milenio. Yo creo firmemente que se puede lograr. Los sindicatos y organizaciones de trabajadores juntos pondrán su empeño para alcanzar este objetivo, con aún mayor determinación, cuando se sienta la premura.

Jeffrey Sachs, Asesor Especial del Secretario General de las Naciones Unidas sobre los Objetivos de Desarrollo del Milenio, está en lo cierto cuando nos insta, ahora que nos hemos comprometido a reducir la pobreza a la mitad para el 2015, a erradicar la pobreza extrema para el 2025. Puede que el fijar esas fechas nos haga sentir incómodos, pero no son sino puntos de referencia de un comportamiento decente, que nos impulsan a realizar nuestro requerimiento mínimo. En las palabras de otro profeta, Micha: "Hacer lo que es justo, misericordia amorosa".

La Carta de la Tierra nos ayuda a estar siempre concientes de que no existen los términos "nosotros" y "ellos", que mientras trabajemos día y noche para erradicar la pobreza de los demás, también lo hacemos por nosotros mismos, como un todo. "Para seguir adelante, debemos reconocer que en medio de la magnífica diversidad de culturas y formas de vida, somos una sola familia humana y una sola comunidad terrestre con un destino común" (Preámbulo, primer párrafo). En verdad, formamos un sólo cuerpo; cuando duele una parte del cuerpo, todo el cuerpo siente el dolor. Sólo podremos restaurar la salud de la comunidad del planeta cuando hayamos curado a todos sus habitantes. El profeta Malaquías comprendió que este estado de salud universal sólo podrá lograrse mientras se esté restaurando la relación saludable entre las generaciones. Hay una costumbre de los indígenas norteamericanos de entregar a sus mayores una pluma y pedirles que les cuenten a las generaciones jóvenes cuál lección en especial quisieran que sigan durante todas sus vidas. En mi propia experiencia, he llegado a comprender lo importante que es para los mayores escuchar y aprender sobre las

ambiciones y esperanzas de los jóvenes. El compartir experiencias y ambiciones nos ayuda a estrechar lazos aún con mayor fuerza, a aprender a ser siempre incluyentes y a practicar una vida sostenible. La Carta de la Tierra y los Objetivos de Desarrollo del Milenio, conjuntamente, entrelazan las lecciones y las esperanzas de las generaciones futuras y ayudan a interiorizarlas.

Al inicio de esta década de responsabilidad, comparto mi propia lección: la experiencia de un bebé en busca de refugio. El hombre de la resistencia, que me cargaba dentro de una maleta llena de agujeros, tocó a la puerta. Ria y Bertus van der Kemp abrieron la puerta. En una fracción de segundo, debían elegir si cuidar de este bebé judío, con todos los riesgos que ello implicaba, o si cerrar la puerta. Al abrir la puerta de par en par, me dieron la vida. Cada vez con mayor frecuencia, me veo a mí mismo y a todos nosotros, sosteniendo con la mano la perilla de la puerta. La puerta está abierta. ¿Abrimos la puerta o la cerramos? Millones y millones de niños con carencia desesperada nos miran fijamente con ojitos asustados. ¿Cerramos la puerta, o la abrimos completamente? ●